

<https://doi.org/10.32870/synergia.v2i3>

Leer y formarse: Literatura como práctica de configuración de lo humano

Reading and Learning: Literature as a Practice for Shaping Humanity

Ler e formar-se: a literatura como prática de construção do ser humano

José de Jesús Vargas Quezada¹, Joseph Amir Meza Arguelles²

Recibido: 26 de mayo de 2026.

Aceptado: 22 de junio de 2026.

Para citar este artículo:

Quezada, J. J. V., & Arguelles, J. M. (2026). Leer y formarse: Literatura como práctica de configuración de lo humano. *Synergia Revista Multidisciplinaria* 2(3). 120-144.
<https://doi.org/10.32870/synergia.v2i3.27>

¹ Profesor de Asignatura B en el Sistema de Educación Media Superior de la Universidad de Guadalajara (SEMS-UdeG). Doctorando en Desarrollo Humano, Educación e Interculturalidad en el CUSur. Línea de investigación: Literatura y Humanidades.  jose.jesus.vargas.quezada@gmail.com
 <https://orcid.org/0000-0001-9616-9895>

² Encargado del programa CUSur incluyente, en el Centro Universitario del Sur de la Universidad de Guadalajara. Doctorando en Desarrollo Humano, Educación e Interculturalidad en el CUSur. Línea de investigación: Intersección entre la psicología, la educación y las artes.  profesor.joseph.meza@gmail.com
 <https://orcid.org/0009-0007-4233-8826>

 **Autor de correspondencia:** jose.jesus.vargas.quezada@gmail.com

RESUMEN

Introducción: En el presente trabajo se sostiene que la literatura constituye una práctica de formación humana que actúa más allá de la lógica instrumental. **Desarrollo:** La lectura implica una experiencia que transforma al sujeto pues lo abre a la complejidad de lo humano, a la diversidad de formas de vida y a la comprensión narrativa de la experiencia. A través de la tradición filosófica y literaria, se argumenta que la lectura configura sensibilidad, juicio y autoconocimiento, y que su dimensión ética radica en la apertura al otro y en la posibilidad de establecer vínculos más atentos y menos simplificadores. **Conclusiones:** La literatura no garantiza cambios, aunque dispone al sujeto a una comprensión más profunda de sí mismo y del mundo.

Palabras Clave: *Literatura, Lectura, Experiencia, Formación, Ética.*

ABSTRACT

Introduction: The text argues that literature functions as a formative human practice that goes beyond instrumental logic. **Development:** Reading is not merely the reception of information; it is an experience that transforms the subject by opening them to the complexity of human life, the diversity of experiences, and narrative understanding. Drawing on philosophical and literary traditions, it maintains that reading shapes sensitivity, judgment, and self-understanding, while its ethical dimension lies in openness to others and the possibility of building more attentive and less reductive relationships. **Conclusions:** Literature does not guarantee transformation, but it creates the conditions for a deeper understanding of oneself and the world.

Key Words: *Literatura, Reading, Experiencie, Formation, Ethics.*

RESUMO

Introdução: O texto argumenta que a literatura funciona como uma prática humana formativa que vai além da lógica instrumental. **Desenvolvimento:** A leitura não é meramente a recepção de informações; é uma experiência que transforma o sujeito, abrindo-o à complexidade da vida humana, à diversidade de experiências e à compreensão narrativa. Com base em tradições filosóficas e literárias, o texto sustenta que a leitura molda a sensibilidade, o julgamento e a autocompreensão, enquanto sua dimensão ética reside na abertura para com os outros e na possibilidade de construir relações mais atentas e menos redutoras. **Conclusiones:** A literatura não garante a transformação, mas cria as condições para uma compreensão mais profunda de si mesmo e do mundo.

Palavras-chave: *Literatura, leitura, Experiência, Formação, Ética.*

INTRODUCCIÓN

Este trabajo intenta aproximarse a la literatura como una de las formas mediante las cuales el ser humano se configura a sí mismo. No pretende fijar una definición concluyente ni cerrar de antemano una cuestión que, por su propia naturaleza, permanece abierta, movediza y ligada a las transformaciones históricas de la sensibilidad. Toda reflexión sobre la lectura parece condenada a cierta provisionalidad: los libros cambian con el tiempo, pero también cambia el lector que los atraviesa. Acaso por ello convenga avanzar con cautela rodeando el problema desde distintos ángulos como quien observa una figura cuya forma nunca termina de revelarse por completo.

Hay una certeza que aparece desde el principio, y es antigua y difícil de obviar: la literatura posee una importancia innegable en la formación del ser humano; desde hace mucho tiempo, las personas han buscado en los relatos algo que trasciende el simple entretenimiento o el conocimiento. Ha buscado un reflejo de sí, y encontrar en esa operación algunas maneras de actuar, de hacerse preguntas y recibir advertencias o simplemente un poco de consuelo ante los trances de la existencia.

Más adelante, en este trabajo, nuestra mirada cambia y se posa sobre la lectura como experiencia vivida. Bajo esta lógica, leer deja de ser un ejercicio mental para volverse un fenómeno que sucede internamente: una especie de sacudida silenciosa que puede cambiar la forma en que el lector se relaciona con el lenguaje con lo que le rodea y en algunos casos consigo mismo.

Surge entonces otro aspecto que amerita una exploración. La literatura es uno de los espacios más fructíferos para que la condición humana se muestre en toda su contradicción. En la literatura, están representados seres con vidas ambiguas, emociones internamente discordantes, deseos sujetos a transformación y formas de pensamiento que resisten su reducción a estereotipos o lugares comunes.

Los personajes literarios rara vez tienen la nitidez de una categoría abstracta, se alejan de la linealidad y de lo predecible en cuantos a sus acciones y pensamientos. Viven más bien en la duda y en la vacilación; en ese territorio incierto donde la experiencia humana gana densidad. Acaso por esa razón algunos libros parecen reconocer dimensiones íntimas de la subjetividad que permanecían apenas insinuadas en la conciencia del lector.

El recorrido conduce después hacia el saber narrativo, esa forma de inteligencia que no deposita simplemente datos en la memoria, sino que abre una vía más lenta y más honda hacia la comprensión de la experiencia. Hay verdades que se resisten a la sequedad del concepto aislado y a la desnudez de la información pura; verdades que necesitan encarnarse en una voz, demorarse en una escena, respirar dentro de una historia.

La narración opera entonces como un cauce de sentido: recoge lo disperso, ordena lo ambiguo, vuelve perceptible aquello que en la vivencia inmediata aparecía apenas como confusión o estremecimiento. Ciertas experiencias sólo alcanzan inteligibilidad cuando el relato les concede duración, espesor y forma; como si la palabra narrativa fuera el territorio donde lo fragmentario encuentra figura, donde lo oscuro adquiere contorno y donde la vida, antes muda ante sí misma, comienza lentamente a reconocerse.

En definitiva, el ensayo se detiene en la dimensión ética de leer, la cual significa exponerse a lo que es diferente, al otro en toda su condición de otredad. Cada libro abre la posibilidad de acercarse a sensibilidades ajenas y a otras maneras de estar en el mundo, en las cuales existen sufrimientos, deseos y contradicciones externos a la experiencia directa del lector. En ese desplazamiento se produce una perturbación decisiva: el lector advierte que su propia perspectiva carece de centralidad ontológica y que la realidad excede, desborda y relativiza los límites de su mirada.

Estos ejes, deliberadamente abiertos, no se orientan hacia la constitución de un sistema cerrado ni hacia la formulación de una teoría definitiva. Su articulación responde a un problema de orden formativo: la posibilidad de que la lectura incida gradualmente en los modos de percepción, interpretación y reconocimiento mediante los cuales el sujeto establece relación con el mundo, con su propia experiencia y con la alteridad. Dichas modificaciones no suelen manifestarse como efectos inmediatos ni como resultados plenamente verificables; operan, más bien, en el plano de las disposiciones sensibles, cognitivas y éticas, allí donde la experiencia lectora reorganiza lentamente los marcos desde los cuales la realidad se vuelve comprensible.

DESARROLLO

Una convicción persistente: la literatura como práctica de transformación

Hay una sospecha vetusta, anterior al aula escolástica y aun a ciertas filosofías que después habrían de presumir su señorío conceptual, según la cual los libros, cuando son leídos con verdadera demora interior, mudan algo en la substancia del hombre, como si la letra obrara *in absentia* sobre la conciencia y dejara en ella una señal tenue, casi imperceptible, aunque persistente. Los griegos llamaron *paideia* (Jaeger, 2001) a esa lenta conformación del ánimo; los latinos, *humanitas* (Cicerón, 1997); los alemanes, con su gravedad metafísica, dijeron *Bildung* (Humboldt, 2000), queriendo nombrar con ello el proceso mediante el cual una vida adquiere figura, espesor, temple y una suerte de decoro espiritual. Leer en el fondo y según la tradición de la lectura modifica.

El lector puede volver a Dostoievski después de una pérdida, cuando la existencia ha perdido su compostura ordinaria y las cosas parecen hablar con una voz más baja, y entonces descubre que aquel libro, antaño leído de corrido, contenía pasadizos que aguardaban la hora exacta de su revelación. Otro lector llega a Kafka en medio del cansancio, de la extrañeza o de esa acedia moderna que vuelve sospechoso cada trámite del mundo, y siente que esas páginas, más que haber sido escritas, habían permanecido al acecho, *sub specie aeternitatis*, esperando que la vida del lector se torciera lo bastante para comprenderlas.

Hay libros que regresan, y esta intuición encuentra respaldo en la hermenéutica de Paul Ricoeur, teoría en la cual la obra literaria no es reductible a un significado fijo e inmutable, sino que, por el contrario, despliega un mundo que adquiere significación plena cuando entra en relación con la experiencia histórica y vital del lector. En este sentido, ciertos libros retornan a la mente del lector porque la vida del éste ha cambiado lo suficiente para refigurar, desde otra posición existencial, el mundo abierto por el texto (Ricoeur, 1995; 2002).

Considerada con alguna justicia, la literatura transmite imágenes remanentes, frases revenidas y escenas que se aposentan en la memoria como huéspedes importunos y que, años después, vuelven a reclamar su derecho de permanencia. Hay obras que uno supone olvidadas y que, sin embargo, prosiguen su silenciosa operación en los sótanos del juicio, corrigiendo inclinaciones, afinando sospechas, quebrantando certezas pueriles o introduciendo en la mirada una prudencia intelectual anteriormente ausente. El lector se transforma, en ese sentido, con la experiencia literaria.

Quizá Aristóteles entrevió algo de todo esto cuando sostuvo que la tragedia representaba acciones humanas y obraba, mediante una economía secreta de las pasiones, sobre el ánimo de quienes la contemplaban, pues la *kátharsis*, entendida no ya como mera descarga afectiva sino como reordenación interior de la experiencia, deja entrever que ciertas ficciones poseen la facultad de modificar la disposición espiritual del espectador sin necesidad de exhortaciones explícitas ni preceptivas morales (Aristóteles, 2026).

Un hombre presencia la ruina de Edipo, advierte la fragilidad de cuanto creía firme y, aun sin haber atravesado semejante destino, comprende de improviso algo concerniente a sí mismo, como si la ficción hubiera abierto una vía indirecta hacia regiones del espíritu donde el discurso conceptual rara vez consigue penetrar con semejante hondura. Emoción y pensamiento, que las pedagogías demasiado positivistas quisieron separar *more geometrico*, comparecen entonces mezclados en una misma experiencia, pues el temblor afectivo termina convirtiéndose también en forma de intelección y de reconocimiento interior.

Platón (1988a), desde luego, desconfiaba de los poetas, aunque acaso esa desconfianza —mirada retrospectivamente— constituya el más alto tributo que la filosofía rindió jamás al poder de la palabra imaginativa, ya que nadie vigila con tanto celo aquello que considera impotente. Temía a Homero porque comprendía que ciertos relatos permanecen adheridos a la memoria con una persistencia mayor que muchas leyes, muchos discursos públicos y aun muchas doctrinas reputadas por sus contemporáneos.

Platón nunca reclamó exactamente el silenciamiento de los poetas; aspiraba, más bien, a someterlos a vigilancia, a disponer su decir bajo el cuidado de una arquitectura moral que impidiera a la ficción desviarse hacia regiones capaces de perturbar el orden de la *pólis*, pues intuía que las imágenes, cuando alcanzan cierta intensidad simbólica, forman el ánimo colectivo con una eficacia que rara vez poseen los razonamientos abstractos o las admoniciones civiles.

Un héroe humillado, una madre que llora, un verso trágico pronunciado en la hora propicia: tales figuras podían modelar la sensibilidad entera de una ciudad, introducir inclinaciones nuevas en el juicio común y alterar, *sine strepitu*, la percepción misma de lo digno, de lo vergonzoso o de lo admirable. El problema, por tanto, no concernía exclusivamente a la poesía en cuanto artificio verbal, antes bien a aquello que la poesía despertaba en las zonas más profundas de la experiencia humana, allí donde la ratio pierde

parte de su señorío y comparecen impulsos, compasiones y memorias que ninguna pedagogía enteramente racional consigue regimentar del todo. Platón había advertido este poder del discurso al concebir la retórica como una forma de *psychagogía*, es decir, como conducción del alma mediante la palabra; de ahí que la poesía, el mito o la escena trágica pudieran comprenderse como fuerzas capaces de modelar afectos, juicios y disposiciones morales más allá de la argumentación racional explícita (Platón, 1988b; Fedro 261a, 271c-272b).

Con admirable sobriedad clásica, Horacio (1988) formuló una idea que acaso resume siglos enteros de reflexión sobre el arte verbal: los poetas desean agradar o instruir, y en ocasiones ambas cosas simultáneamente, como si *delectare* y *prodesse* constituyeran operaciones menos antagónicas de lo que ciertas doctrinas modernas quisieron imaginar. Comprendemos mejor aquello que también nos conmueve, pues existen pensamientos incapaces de ingresar en el espíritu bajo la forma desnuda del concepto y que sólo encuentran hospitalidad cuando aparecen revestidos de escena, de voz, de cadencia o de relato.

Leer como experiencia: apertura, disposición y encuentro

Leer constituye, desde antiguo, una de las operaciones más discretas y a la vez más hondamente perturbadoras de la formación humana, pues un hombre abre un volumen creyendo buscar apenas un pasatiempo momentáneo, alguna distracción de sobremesa o cierto alivio contra el tedio cotidiano, y acaba, sin apercibirse cabalmente de ello, trastrocado por voces ajenas que, obrando calladamente, van mudando la disposición de su ánimo y el orden secreto de sus percepciones.

La lectura, en ese sentido, transmuta la conciencia del lector. No consiste únicamente en descifrar caracteres ni en atesorar noticias, doctrinas o especies eruditas, antes bien implica una suerte de exposición interior mediante la cual el lector consiente, *velis nolis*, en habitar temporalmente otra conciencia, otro régimen de sensibilidad y aun otra manera de entender las miserias y grandezas del mundo. Quien lee se arriesga en ese sentido, pues el lector entra en el texto como quien franquea el umbral de una casa ignota y acepta permanecer allí, durante algunas horas, bajo leyes extrañas, escuchando voces que no le pertenecen y contemplando afectos que, sin embargo, terminan infiltrándose en su propia memoria con una persistencia difícil de explicar mediante categorías puramente racionales.

A veces sobreviene entonces un desplazamiento mínimo, casi clandestino, gracias al cual la existencia exterior parece permanecer intacta —los mismos hábitos, las mismas calles, las mismas obligaciones— aunque la mirada que vuelve sobre ellas ya no posea idéntica inocencia ni igual compostura espiritual.

La comprensión, según Gadamer, acontecía allí donde dos horizontes distantes consentían finalmente en entremezclarse (Gadamer, 1998). Lledó imaginó la lectura como coloquio demorado con voces pretéritas (Lledó, 1992). Zambrano, por su parte, discurrió acerca de una razón poética en la cual el sentir y el pensar todavía comparecían hermanados, sin aquella escisión moderna que redujo muchas veces el conocimiento a mero artificio lógico y desterró de la intelección humana cuanto olier a temblor, intuición o padecimiento interior (Zambrano, 1989). Pensar era sentir.

La inteligencia todavía ardía. El alma no estaba del todo desavecinada de sí misma. Blanchot llevó esa sospecha hacia regiones más inciertas y sostuvo, con una gravedad casi espectral, que el lector jamás gobierna enteramente el texto, pues acaba suspendido dentro de él como quien se adentra en una estancia umbrosa donde las antiguas certidumbres pierden consistencia y el sujeto, por un instante siquiera, deja de coincidir plenamente con la figura acostumbrada de su propia conciencia (Blanchot, 1992). Leer, en el fondo, desordena.

Dewey comprendía la experiencia como una unidad viva en la que la percepción, el *affectus* y sentido comparecen entrelazados en el decurso mismo de la vida ordinaria (Dewey, 2008). La experiencia preserva la marca. Larrosa escribió que aquello que verdaderamente acontece no pasa sin vestigio, pues deja alguna señal en la memoria, en el ánimo o incluso en la manera de mirar las cosas más comunes del día cotidiano (Larrosa, 2003). Leer modifica el pulso; Landa sugirió que la lectura podía devenir *ethos*, esto es, una forma concreta de habitar en el mundo y ordenar los hábitos del espíritu frente a las voces, imágenes y relatos que atraviesan la existencia humana (Landa, 2005). Algunos libros apenas notifican datos. Otros, en cambio, alteran calladamente la respiración interior del lector y permanecen obrando, *sine strepitu*, mucho después de haber sido cerrados. Todo, en este punto, depende de la demora.

La teoría de la recepción trasladó el peso de la obra hacia el lector. Rosenblatt describió la lectura como una relación transaccional en la cual texto y lector obran mutuamente el uno sobre el otro, de tal suerte que el sentido jamás comparece enteramente

fijado de antemano, antes bien va formándose durante el acto mismo de lectura, en medio de recuerdos, afectos y asociaciones que pertenecen al fuero íntimo de quien lee (Rosenblatt, 1978). Iser sostuvo después que cualquier obra contiene vacíos, silencios e indeterminaciones que el lector debe completar mediante su propia experiencia, como quien restaura fragmentariamente una figura antigua cuyos contornos no han llegado íntegros hasta nosotros (Iser, 1987).

Ningún libro existe del todo antes de ser leído. Jauss recordó que toda lectura acontece dentro de un horizonte de expectativas tejido por la historia, las costumbres de una época y las experiencias pretéritas del lector, razón por la cual una misma obra puede suscitar recepciones profundamente distintas según el *tempus*, el lugar o la disposición interior de quien la atraviesa (Jauss, 1986). El texto aguarda, incompleto todavía, a aquel lector que habrá de imaginarlo nuevamente desde sus pérdidas, sus memorias y aun desde aquellas obsesiones que rara vez confiesa en voz alta, motivo por el cual ciertos libros parecen mudados cada vez que volvemos a ellos, aunque las palabras impresas permanezcan exactamente en el mismo sitio.

Chartier (1994) mostró que las formas de leer pertenecen también a una historia material y social; que cada época dispone sus propios usos del libro; sus ritmos; sus ceremoniales silenciosos y aun sus modos particulares de recogimiento ante la página escrita. No existe lectura abstracta; existen lectores concretos; tiempos concretos; circunstancias determinadas por hábitos; por instituciones; por tecnologías y por diversas maneras de ordenar el *otium* y la atención. Sarlo (1994) y Canclini (1995) observaron que dichas prácticas comenzaron a transformarse bajo sociedades atravesadas por la velocidad; por el consumo cultural y por una circulación incesante de imágenes y estímulos que rara vez conceden al espíritu ocasión de demorarse verdaderamente en algo.

En medio de semejante estrépito; la literatura conserva todavía cierta facultad desacostumbrada; suspender por un instante la premura del mundo y abrir un espacio de reflexión donde el individuo; apartado momentáneamente del tumulto exterior; vuelve a encontrarse consigo mismo.

Los escritores supieron estas cosas. Las supieron antes que muchos teóricos. Borges imaginó la lectura como recreación secreta del espíritu; Reyes la entendió a manera de disciplina interior; Zaid la discurió como experiencia íntima y refractaria a la utilidad vulgar;

Piglia vio en ella una pesquisa donde el lector persigue indicios velados y nexos invisibles que yacen soterrados bajo la superficie del texto (Borges, 2001; Reyes, 1997; Zaid, 2004; Piglia, 2005). Leer compromete la persona entera. Nada permanece intacto. El libro aguarda.

La palabra escrita permanece dormida hasta que algún lector la despierta mediante el acto mismo de leer; entonces sobreviene ese extraño *miraculum* por el cual quien antes parecía mero destinatario pasivo acaba convirtiéndose en suerte de coautor; pues reconstruye interiormente la obra y al reconstruirla se va también transmutando a sí mismo; de tal manera que la literatura deja de ser simple representación del mundo y pasa a morar dentro de la conciencia que la atraviesa. Algunos libros persisten. Persisten como ciertas ciudades. Persisten como ciertos rostros.

Eco habló del lector modelo convocado por el propio texto; Culler y Eagleton sostuvieron que el sentido nace durante la lectura misma; Petit mostró que los libros pueden ayudar a reorganizar la memoria y aun la identidad de quienes atraviesan circunstancias de vulnerabilidad o desamparo (Eco, 1993; Culler, 2000; Eagleton, 2013; Petit, 2001). La lectura deviene apropiación. También deviene mudanza. El lector retorna distinto.

Ricoeur diría después que comprender un texto implica asimismo comprenderse a uno mismo; pues toda interpretación constituye una suerte de *reditus* interior mediante el cual el lector entra en el libro como quien penetra en una morada ajena y sale de él con otra disposición del ánimo; con otra mirada sobre el mundo y acaso también con otra relación respecto de su propia memoria (Ricoeur, 2004, 2006). Steiner llevó esta experiencia hacia el terreno ético. Leer sería hospitalidad. El texto comparece como huésped.

Comprender exige atención; exige respeto; exige cierta humildad frente a la alteridad de la palabra escrita; pues hay libros que no toleran la prisa ni el consumo precipitado y que únicamente se revelan ante quien consiente demorarse largamente en ellos *sicut monachus* inclinado sobre el códice. Nussbaum sostuvo que la literatura amplía la imaginación moral. Booth entrevió una forma de compañía invisible. Leer modifica la mirada.

En ambos casos; la lectura aparece como aprendizaje de otra manera de ver las vidas ajenas y aun la propia; ya que el lector termina habitando sensibilidades distintas de la suya y adquiere cierta capacidad de reconocer matices; dolores y contradicciones que antes acaso le pasaban desapercibidos dentro del tumulto ordinario del día cotidiano (Nussbaum, 1997;

Booth, 1988). Ingarden entendió la obra literaria como estructura incompleta. Rama pensó la literatura dentro de mediaciones culturales. Candido defendió su fuerza formativa.

Monsiváis descubrió en las prácticas lectoras una forma de conciencia histórica y recordó que ninguna lectura acontece en estado de pureza absoluta; pues toda relación con los libros comparece atravesada por una lengua determinada; por cierta tradición; por un horizonte histórico y por las costumbres intelectuales de una época concreta (Ingarden, 1998; Rama, 1984; Candido, 1995; Monsiváis, 2006). Incluso la intimidad posee historia. Incluso el silencio del lector la posee. Incluso la memoria.

Pennac recordó que leer exige libertad; Ordine defendió el valor inútil de los libros; Calvino observó que los clásicos jamás terminan de decir aquello que tienen que decir; Todorov vio en la literatura una vía de acceso al conocimiento humano; Compagnon insistió en su resistencia frente a toda definición conclusa; Manguel mostró finalmente que la historia de la lectura constituye también la historia mudable de la humanidad misma (Pennac, 1993; Ordine, 2013; Calvino, 1993; Todorov, 2007; Compagnon, 2008; Manguel, 1998). Todas esas voces convergen. Convergen sin proponérselo. Convergen en una sospecha.

Leer transforma; no mediante doctrinas ostensibles ni artificios previsibles; antes bien lentamente y desde dentro; *sicut quaedam* musica nocturna o como ciertos sueños que continúan obrando aun después del despertar; alterando poco a poco la manera de percibir el mundo; de recordar el pasado y de habitar la propia conciencia. Tal vez ahí resida la persistencia de la literatura. Un lector abre un libro buscando apenas unas páginas. Y termina hallando otra forma de morar en el mundo.

Narrar lo humano: interpretación, experiencia y diversidad

La literatura perdura más en el tiempo que en el espacio. No semeja tanto edificio doctrinal cerrado y concluso cuanto conversación antiquísima; jamás fenecida ni del todo aquietada; una suerte de *colloquium saeculorum* en el que comparecen voces apartadas por centurias; ánimos incompatibles; imaginaciones que nunca se vieron en plaza ni corte alguna y que, con todo eso, prosiguen hablándose bajo la penumbra de los libros; como si cada volumen conservase todavía algún rescoldo de aquellas *bibliothecae* conventuales donde los antiguos amanuenses, doblados sobre el pergamino, cuidaban con mano temblona y paciencia

monástica las reliquias verbales de la experiencia humana; creyendo acaso que al trasladar palabras salvaban también una porción fugitiva del tiempo y de la memoria de los hombres.

Cada relato guarda alguna desgarradura secreta; cierto litigio del ánimo jamás del todo avenido. Alguna contradicción que rehúsa rendirse a concordia definitiva; porque la experiencia humana, tan dada al extravío y a la mudanza, rara vez comparece bajo figura tersa y reconciliada. Antes suele mostrarse quebrada, desmandada, hecha de fragmentos; disputas interiores, recuerdos turbios y afectos encontrados; de suerte que la obra literaria termina pareciendo más territorio de incertidumbre que jardín geométricamente ordenado; más laberinto de voces que catecismo de verdades pacíficas.

Bajtín lo entendió. Entendió que la novela moderna era esencialmente polifónica; esto es, ámbito en el que las voces no obedecen dócilmente a una sola *auctoritas* moral ni se inclinan ante tribunal absoluto alguno. Pues cada conciencia retiene su acento propio, su particular manera de padecer el mundo y aun su forma singular de sufrir el tiempo, razón por la cual la verdad deja de parecer sentencia pétrea y se torna tensión continua entre perspectivas divergentes que jamás acaban de avenirse enteramente. De forma similar a como acontece en la vida ordinaria, ámbito en el que los hombres disputan, se contradicen; y aun amándose no logran coincidir del todo en aquello que juzgan verdadero (Bajtín, 1981).

La literatura multiplica. Multiplica la experiencia y la vuelve más intrincada, más quebradiza y cercana a la condición verdadera de los hombres. Quienes rara vez viven conforme a doctrinas puras y suelen debatirse; *in medias res*, entre deseos contrarios, memorias que punzan, razones enemistadas unas con otras y *affectus* que pugnan silenciosamente en el secreto tribunal de la conciencia; tribunal tan movedizo y oscuro que ni aun el propio sujeto alcanza muchas veces a entender cabalmente sus veredictos.

Geertz mudó la mirada. Propuso leer las prácticas humanas como si fuesen textos; y desde entonces la cultura comenzó a semejar inmenso palimpsesto donde símbolos, actos ceremoniales, gestos, hablas y narraciones remiten siempre a otros signos ocultos; de tal manera que ninguna acción comparece enteramente desnuda de sentido ni del todo separada de las redes históricas y simbólicas que la sostienen, como si el mundo social entero estuviese escrito sobre capas sucesivas de memoria, tradición y conflicto; aguardando perpetuamente nuevas interpretaciones de quienes se aventuran a descifrarlo (Geertz, 1973).

La literatura ocupa allí lugar singularísimo. Condensa la complejidad de la vida social y la devuelve transfigurada en experiencia sensible; de suerte que un cuento, una novela o aun unos pocos versos pueden revelar con mayor precisión que muchos tratados especulativos la textura íntima de una época, sus pavores secretos, sus melancolías colectivas, sus ceremonias cotidianas y especialmente aquellas formas de comprender el mundo que suelen permanecer escondidas bajo el ruido ordinario de la historia y bajo la falsa claridad de los discursos públicos.

Bruner sostuvo que los hombres organizan su experiencia mediante relatos, pues vivir implica narrar, aunque sea silenciosamente. La narración de aquello que nos acontece, aquello que perdemos y aun aquello que apenas conseguimos entender mientras sucede. Esa es una razón por la cual la literatura deja de parecer mero adorno cultural y pasa a convertirse en uno de los grandes laboratorios de la experiencia humana, el lugar en el que las vidas posibles son ensayadas, imaginadas, corregidas y sometidas a innumerables variaciones, como si cada historia constituyese una tentativa de conferir orden al caos movedizo de la existencia (Bruner, 1990).

Cada relato explora. Explora deseos, pérdidas, arrepentimientos, decisiones tardías y diversas maneras de afrontar la fortuna adversa. De tal suerte que incluso la narración más breve contiene cierta meditación implícita acerca de aquello que los antiguos moralistas llamaban el arte dificultoso de vivir, un arte jamás aprendido del todo y siempre amenazado por el yerro, por la soberbia y la fragilidad constitutiva de la naturaleza humana.

En este punto, Veyne advirtió algo decisivo. Ninguna narración refleja la realidad como un espejo pasivo. Antes toda historia selecciona, ordena y jerarquiza acontecimientos conforme a determinada mirada, puesto que narrar implica siempre escoger un punto de observación desde el cual ciertos hechos adquieren relieve mientras otros son relegados a las sombras o condenados al silencio. Esa es una razón por la cual la literatura vuelve visible esa operación y, al hacerlo; ilumina la complejidad de lo real sin pretender agotarla jamás ni someterla enteramente a fórmula concluida (Veyne, 1983).

Said añadió otro matiz imprescindible. Toda narración se halla atravesada por relaciones de poder, disputas históricas y litigios acerca de lo que puede decirse y de lo que conviene callar. Bajo esta lógica, la literatura jamás comparece desligada de las tensiones de su tiempo, sino que, más bien, participa de las luchas simbólicas de cada época y reproduce

a veces las estructuras dominantes y las combate con soterrada obstinación, como si bajo sus formas estéticas latiese también perpetua batalla por el significado y por el derecho de ciertas voces a no ser arrojadas a la mudez y al olvido (Said, 1993).

Felski posó su reflexión sobre el lector. Insistió en que la literatura provoca reconocimiento, implicación y cierta gradación de *affectus*, pues leer supone encontrarse con algo que, de forma inesperada, concierne íntimamente a quien sostiene el libro entre las manos, de tal manera que pareciera que hubiesen sido escritas para nombrar experiencias que el lector apenas lograba presentir oscura y confusamente dentro de sí mismo. De esto se deriva que algunos libros producen la extraña impresión de haber descubierto una secreta verdad de nuestra propia vida (Felski, 2008).

El lector se muda. La lectura deja entonces de ser mero ejercicio intelectual y se transforma en contacto, interpelación y discreta metamorfosis interior. Pues quien lee se siente tocado, vulnerado o silenciosamente alterado por aquello que atraviesa. Haciendo una analogía, sería algo así como si ciertas palabras, sin alzar jamás la voz, tuviesen sin embargo fuerza bastante para reorganizar la memoria, el juicio y la percepción del mundo.

Phelan observó los vínculos. Cada elección narrativa, ya una voz, ya una omisión, ya un punto de vista o un silencio cuidadosamente dispuesto, contiene también cierta forma de valorar el mundo y de orientar el juicio moral del lector. Por ello, los relatos construyen vínculos éticos entre narrador, personajes y conciencia lectora, y en ese sentido hacen que el sujeto se relacione con vidas ajenas, incluso con aquellas que tal vez repudiaría fuera de las páginas de un libro, permitiéndole habitar durante algunas horas sensibilidades distintas de la propia (Phelan, 2007).

Nussbaum defendió esa complejidad. Los libros obligan a demorarse en lo particular, en aquello que escapa a las generalizaciones apresuradas y a los juicios sumarios. La experiencia humana comparece allí bajo toda su fragilidad, contradictoria, incierta y refractaria a las fórmulas demasiado simples que tanto agradan a las épocas enamoradas de la simplificación. De tal forma que la literatura termina resultando incómoda para ciertos tiempos modernos, tan inclinados al dictamen veloz y a la reducción de la existencia humana a categorías útiles y administrables (Nussbaum, 2010).

De todas estas voces emerge una sospecha. La literatura no limita la experiencia humana a definitivo orden alguno ni clausura las inevitables contradicciones del mundo; más

bien, las expone en toda su complejidad, en sus tensiones, en sus zonas irresueltas y en aquellos pliegues en los que la conciencia continúa debatiéndose consigo misma sin alcanzar reposo entero. De esto se deriva la conciencia de aceptar esa complejidad sin abolirla; habitar durante un instante el territorio incierto de lo humano y reconocer, *in medias res*, que ninguna existencia cabe plenamente dentro de una sola interpretación. La razón es que toda vida conserva siempre algo de sombra, algo de exceso y alguna porción irreductible de misterio.

Saber narrativo: comprensión, sabiduría y experiencia

La literatura enseña, nada en ella es ocioso. Es una forma de conocimiento que se derrama en la narración y que rehúsa a ser reducida a mera noticia o desnuda información. La literatura comparece como una vía de entendimiento, en la cual el saber no se amontona a manera de caudal muerto, sino que se encarna y cobra carne en la experiencia. Se aposenta en la vida del lector y va obrando en ella con paso quedo, como quien siembra sin estruendo una mudanza del ánimo que sólo con los años alcanza verdadera claridad.

Conviene distinguir. Conviene hacerlo con tiento. No toda copia de datos desemboca en comprensión verdadera; ni todo conocimiento alcanza aquella forma más alta y morosa que los antiguos llamaron *sapientia*; porque una cosa es saber muchas cosas y otra muy distinta entender la condición mudable de los hombres; sus desdichas; sus flaquezas; sus deseos y aquella confusión del corazón que ninguna doctrina consigue ordenar enteramente sin dejar resto ni sombra.

Leer transforma. Lo hace calladamente. Tal transformación no se muestra siempre de manera visible ni sobreviene con aparato alguno; antes obra de forma secreta y perseverante en la manera en que el sujeto percibe; juzga y experimenta el mundo; pues el saber narrativo posee cierta virtud integradora mediante la cual lo verdadero; lo valioso y lo significativo comparecen unidos en una experiencia única; de suerte que el lector deja poco a poco de buscar simple acumulación de noticias y comienza a perseguir otra forma de claridad; una claridad que no destruye la complejidad de la vida sino que la torna más habitable y más digna de ser pensada.

La literatura no adoctrina. La literatura muda. Muda en el sentido más radical y más hondo de la palabra; pues ese conocimiento de raíz narrativa y afectiva da cuenta de un

entendimiento que acepta la inestabilidad como condición propia de la existencia humana; razón por la cual el saber deja de parecer edificio concluso y comienza a mostrarse como proceso abierto; atravesado por contingencias; ambigüedades y variaciones continuas de la experiencia; de tal suerte que la verdad renuncia a la pretensión de quedar fijada para siempre y pasa a convertirse en horizonte movedizo; perpetuamente sujeto a revisión y examen.

Toda historia deja residuos. Ningún relato se clausura del todo. En cada narración comparecen situaciones refractarias a la simplificación y problemas que no admiten resolución plena; de manera que el sentido brota allí como pregunta antes que como definición acabada; y leer termina siendo ejercicio de demora; atención a los matices; aceptación de las tensiones y reconocimiento de que la experiencia humana rebasa siempre cualquier tentativa de cierre conceptual demasiado rígido o demasiado presto a declarar concluido aquello que todavía permanece vivo y disputándose dentro del espíritu.

Comprender requiere paciencia. También resistencia. El pensamiento se ejercita en la morosidad de lo inacabado en la disposición de sostener preguntas que no aspiran a extinguirse dentro de una respuesta única y es precisamente allí en esa espesura irreductible de lo humano donde el conocimiento halla una forma más fiel y más exigente respecto de su objeto pues sólo aquello que rehúye la simplificación inmediata conserva entera su hondura y su potencia de interrogación.

Harold Bloom volvió sobre ello y lo hizo con singular agudeza. En ¿Dónde se encuentra la sabiduría? Bloom no ofrece sistema doctrinal alguno ni pretende erigir una filosofía conclusa antes comparte la experiencia de regresar a los grandes textos buscando en ellos cierta orientación para la vida una sabiduría que acompañe consuele e ilumine al lector en medio de la conciencia de su propia finitud pues la literatura según su parecer no enseña en sentido escolar ni transmite fórmulas listas para el uso sino que cultiva lentamente una forma de discernimiento nacida del trato sostenido con obras que han atravesado los siglos sin agotarse ni perder su fuerza interrogativa (Bloom, 2000; 2005).

No basta discernir estructuras. No basta reconocer temas. Importa aguzar la percepción advertir la densidad de los conflictos humanos y ejercitar una sensibilidad capaz de percibir matices allí donde la mirada apresurada apenas encuentra esquemas simples pues en ese ejercicio el lector aprende a morar dentro de perspectivas ajenas a ensayar juicios sin

la seguridad de un criterio definitivo y a soportar tensiones morales sin resolverlas de inmediato mediante sentencias fáciles o doctrinas demasiado tranquilizadoras.

La literatura forma el juicio. También disciplina la mirada. Genera cierta sabiduría práctica una aptitud para orientarse en situaciones complejas donde las reglas generales desfallecen y donde la experiencia exige prudencia más que certidumbre razón por la cual las obras perdurables imponen al lector una exigencia silenciosa le obligan a detenerse a releer a desconfiar de las interpretaciones cómodas y a volver una y otra vez sobre aquellas zonas ambiguas donde la condición humana se muestra menos dócil y más verdadera.

Algo se reorganiza en el lector. Algo se ensancha. La lectura que compromete verdaderamente al sujeto produce una modificación de la conciencia; no un espectáculo visible ni una conversión repentina; antes un desplazamiento casi imperceptible que altera poco a poco la relación con el mundo; pues el lector no sale indemne de aquello que lee y alguna parte de su sensibilidad; de su lenguaje o de su juicio acaba mudándose; tornándose más compleja; más prudente y más atenta a matices antes invisibles.

Hay en la literatura un saber. Y ese saber rebasa las fórmulas. No se reduce a proposiciones abstractas ni a sistemas concluidos; antes se ejercita en la experiencia; se despliega en la interpretación y se incorpora a la vida misma; razón por la cual podría llamársele; sin demasiada hipérbole; *sapientia*; una forma de comprensión más amplia; más densa y más humana que el mero conocimiento instrumental con el cual las épocas modernas suelen contentarse.

Leer es exponerse. Leer es consentir la intemperie. La lectura aparece entonces como práctica formativa en el sentido más fuerte del término; no como adecuación dócil a un modelo exterior sino como transformación nacida del encuentro con lo distinto; con aquello que interpela y desasosiega; de tal suerte que el sujeto; mientras deja actuar el texto sobre sí; se vuelve más consciente de los otros; de sí mismo y de la complejidad que habita toda experiencia humana.

Por eso la literatura perdura. Por eso ninguna lógica instrumental consigue sustituirla. Su valor no reside principalmente en la utilidad inmediata ni en la rentabilidad de los saberes que transmite; antes en su capacidad de abrir horizontes; ensanchar la percepción y tornar visible aquello que suele permanecer oculto bajo la rutina de lo evidente; pues en un mundo sobresaturado de información y premura la literatura continúa recordando; con callada

obstinación cervantina; que comprender es otra cosa muy diversa: una manera de habitar el sentido; permanecer en él y dejar que transforme; aunque sea tenuemente; la manera de estar entre los hombres y dentro del mundo.

Lectura y vínculo: la dimensión ética de la experiencia literaria

La experiencia literaria no concluye únicamente en el aposento interior de la conciencia; ni permanece encerrada como viejo tiliche guardado en la pieza oscura de una casa de rancho; antes abre postigos; deja entrar la intemperie del mundo y vuelve porosa la identidad del lector; de tal suerte que quien lee con verdadero recogimiento —y no solamente por matar el ocio de la tarde o por entretener el cansancio después de la chamba cotidiana— termina ensayando cierta salida de sí mismo; una suerte de desasimiento secular que recuerda; aunque mudado y sin hábito monacal; algunos antiguos ejercicios de desprendimiento espiritual practicados por quienes buscaban comprender mejor las flaquezas del corazón humano. La literatura ensancha. La literatura desacomoda.

Quien se adentra de veras en un relato deja de mirar al otro como simple bulto pasajero entre el gentío; como silueta borrosa cruzando el portal o la banqueta polvosa de un pueblo del sur jalisciense; y comienza a percibir matices; quebrantos; zozobras y honduras interiores que antes permanecían ocultas bajo la prisa ordinaria del vivir; razón por la cual la literatura posee cierta fortaleza ética que no consiste en repartir sermones ni en imponer doctrinas; sino en quebrantar la autosuficiencia del sujeto y obligarlo a reconocer que la experiencia humana jamás cabe entera dentro de una sola mirada o dentro de un solo juicio precipitado. Suzanne Keen (2006) desarrolló con notable precisión esta cuestión al referirse a la empatía narrativa; entendida como proceso mediante el cual el lector comparte emocionalmente la perspectiva ajena y se introduce; siquiera provisionalmente; en las experiencias afectivas de otros sujetos; aunque advirtiendo también que la transición entre emoción y conducta moral dista mucho de operar como mecanismo automático o infalible. Nadie sale intacto. Nadie comprende del todo.

La literatura no vuelve virtuoso a nadie de manera inmediata; ni transforma al lector en dechado de bondad por el simple hecho de trasegar novelas o poemas; más sí puede volverlo menos tosco frente a la diversidad de pensamientos; menos apresurado frente al

dolor ajeno y más dispuesto a reconocer la complejidad que mora en las vidas de los otros; algo semejante a lo que ocurre en ciertos pueblos de la región cuando la gente se sienta en la plaza; al fresco de la noche; y escucha con paciencia historias que en apariencia son ajenas pero terminan tocando fibras muy propias.

Vargas-Quezada y Sigala-Gómez (2024) sostienen precisamente que la literatura posee una capacidad singular para fomentar empatía y comprensión profunda de la condición humana; pues permite que el lector se sumerja reflexivamente en experiencias emocionales distintas de las propias; tendiendo puentes entre realidades; afectos y perspectivas que en la vida cotidiana suelen permanecer separadas por prejuicios; distancias sociales o simples rutinas del trato ordinario. El lector se desplaza. El ánimo también.

En ocasiones los textos operan como aquellos espejos medio opacos de las casas antiguas; espejos ladeados que devuelven una imagen desplazada y por ello mismo más verdadera; pues la literatura rara vez ofrece retratos pulcros y concluidos del mundo y suele revelar; más bien; zonas incómodas; grietas del carácter y contradicciones que el sujeto preferiría mantener en silencio.

Leonor Arfuch (2008) observó con gran agudeza que la escucha constituye una práctica ética de apertura hacia el otro; una disposición que atiende no solamente al contenido explícito del relato sino también a sus pausas; a sus inflexiones emotivas; a su cadencia y aun a aquellos silencios donde el sentido comparece de manera más intensa y más difícil de apresar; razón por la cual la conexión ética inspirada por la literatura se asemeja menos a un acto de dominio que a una acogida cuidadosa; semejante quizá a la hospitalidad sobria con que en muchos hogares del sur de Jalisco todavía se recibe al visitante que llega cansado desde lejos. Allí nace algo común. Allí comienza la escucha.

La práctica de la lectura participa así en la configuración de cierta realidad colectiva; aunque no precise levantar el dedo moralizante ni convertirse en doctrina de catecismo laico; porque lo común no brota únicamente de la homogeneidad sino también de la posibilidad de que distintas vidas comparezcan sin ser reducidas a moldes rígidos o a esquemas simplificadores que cancelen su singularidad. Gregorio Valera-Villegas (2009) formuló esta cuestión mediante la idea de una “conversión de sí mismo”; entendiendo la lectura como experiencia capaz de alterar la estructura interior desde la cual el sujeto se relaciona posteriormente con el mundo y con los demás; de manera que el texto deja de limitarse a

informar sobre realidades externas y comienza a operar sobre el propio lector; modificando lentamente sus hábitos de percepción; su disposición afectiva y aun la manera en que comprende las relaciones humanas. Leemos a solas. Pero esa soledad acompaña.

La hermenéutica contemporánea ha llegado a reconocer que ni el autor ejerce un dominio absoluto sobre el significado de lo que escribe ni el lector tiene la libertad de imponer cualquier interpretación que se le ocurra. El sentido nace en un espacio intermedio móvil y dialógico donde se cruzan el texto la historia el lenguaje y la experiencia vivida de quien lee. Es algo parecido a esas conversaciones largas que ocurren en los pasillos o alrededor de una mesa donde ninguna voz tiene toda la razón pero todas ayudan a iluminar el asunto Lucía Heras (2023) señaló que la estética de la recepción devolvió al lector un papel central frente al sustancialismo clásico poniendo en evidencia que quien conoce participa emocional racional y éticamente en aquello que interpreta Por eso leer deja de ser un simple descifrado de palabras y se convierte en una experiencia donde la obra cobra vida en el encuentro entre la letra escrita y una conciencia que la recibe la cuestiona y la recrea desde su propio momento histórico. El significado se construye entre varios. La responsabilidad también.

Incluso la investigación empírica tan cuidadosa en sus afirmaciones y tan inclinada a medir lo que ocurre en el comportamiento humano ha comenzado a ofrecer datos que merecen atención sobre la influencia ética de la lectura aunque conviene evitar entusiasmos exagerados o la tentación de prometer efectos absolutos donde lo que existe son procesos complejos y graduales David Kidd y Emanuele Castano (2013) observaron que leer ficción literaria puede favorecer ciertas capacidades relacionadas con la comprensión de los estados mentales de otras personas en particular las vinculadas con la teoría de la mente y con la interpretación de emociones pensamientos e intenciones ajenas. Este hallazgo leído con prudencia sugiere que exponerse a determinadas formas narrativas podría fortalecer una percepción del otro que el ritmo acelerado de la vida contemporánea tiende a debilitar hasta volverla casi invisible. La literatura obliga a detenerse. Y esa pausa en sí misma humaniza.

La importancia ética de la lectura no reside principalmente en las moralejas explícitas ni en doctrinas disfrazadas de ficción. Aparece más bien en un lugar más discreto y probablemente más duradero: la formación de una sensibilidad menos propensa a reducir la experiencia humana a esquemas simples más capaz de tolerar la ambigüedad y de aceptar que toda vida ajena guarda una opacidad legítima que nunca llegaremos a comprender del

todo. La literatura no produce personas perfectas ni corrige de golpe las torceduras del carácter humano. Lo que sí ofrece es algo más modesto y quizás más verdadero: un ejercicio continuo del pensamiento contra la apatía contra la indiferencia y contra esa especie de sequedad interior que vuelve a las personas incapaces de escuchar siquiera el dolor de quien tienen al lado. En tiempos en que la conversación pública se parece cada vez más a una plaza llena de voces airadas que se repiten sin escucharse semejante a esas discusiones que estallan en el mercado o durante las fiestas del pueblo semejante gimnasia del espíritu vale como una pequeña ética de la atención compartida. La literatura permanece. Aunque el ruido siga creciendo.

CONCLUSIONES

Este recorrido termina. Pero la sospecha no. La literatura tampoco. Vale la pena mirar hacia atrás un momento. Este ensayo fue pasando por distintos lugares: la vieja idea de que la palabra literaria forma el carácter la intuición de que leer es algo más que un ejercicio intelectual la pregunta por lo que ocurre éticamente cuando alguien se expone a una historia ajena. En todo ese trayecto aparece una y otra vez algo difícil de ignorar: la literatura toca lo humano de un modo que ninguna lógica puramente utilitaria logra explicar del todo. No cabe en esa caja.

Y no es un mecanismo. Hay que decirlo así de claro. No hay causalidad simple no hay fórmula no hay garantía. Lo que hay es una intuición que reaparece en épocas muy distintas en culturas que no se conocían entre sí en prácticas lectoras que sobrevivieron incluso cuando los mundos que las produjeron ya no existían. Desde la *paideia* griega hasta las hermenéuticas del siglo pasado desde quien leía para disciplinar el juicio hasta quien leía buscando que algo en él se moviera la literatura funcionó siempre como ese territorio raro donde el sujeto se topa con lo que no entiende se enreda consigo mismo y sale diferente. No igual. Distinto de algún modo que no siempre sabe nombrar.

La palabra forma. La lectura inquieta. El relato cambia algo. Así fue mostrándose en este ensayo: primero como mediación entre el sujeto y el mundo luego como experiencia que interrumpe los hábitos y pide atención real después como espacio donde la complejidad puede quedarse sin que nadie la fuerce a resolverse. El saber narrativo no acumula datos Hace

otra cosa: se mezcla con la vida la complica un poco la vuelve más consciente de sus propias grietas.

Después llegó la ética. El lector ya no estaba solo. Lo que parecía íntimo resultó ser también un puente. Cualquier experiencia literaria por silenciosa que sea termina apuntando hacia afuera: hacia el otro hacia la posibilidad de reconocer un sufrimiento que no es el propio una sensibilidad distinta una forma de ver el mundo que uno no habría imaginado solo. La literatura no borra las diferencias ni finge que todos somos iguales. Hace algo más interesante: deja que las diferencias existan sin necesidad de suprimirlas para que puedan entenderse.

Eso sí conviene no pedir demasiado. La literatura no adoctrina a nadie. No redime. No fabrica personas virtuosas. Lo que hace es más pequeño y también más real: abre posibilidades afina la atención hace al lector un poco menos propenso a simplificar lo que tiene enfrente. Leer no da claridad definitiva, aunque a veces la facilita. No vuelve justo a nadie, aunque puede hacer más visible la opacidad del prójimo. No cierra preguntas, aunque entrena para vivir con ellas sin desesperarse. Y tal vez ahí esté parte de su fuerza: en que no clausura el sentido. En que deja algo abierto.

El mundo va rápido. Demasiado quizás. La información no para y la atención se rompe en pedazos. En ese contexto la literatura sigue siendo un lugar donde demorarse. No un lujo ni un refugio nostálgico sino algo más parecido a un espacio donde el pensamiento puede moverse sin tener que obedecer del todo la urgencia del momento. Ahí el lector encuentra poco a poco otra forma de entender. Otra manera de estar en el mundo. Otra manera de mirar a los demás sin reducirlos a lo que le resultan útiles.

Al final queda algo. Queda la sospecha inicial. Queda el rito de abrir un libro y dejarse llevar por lo que dice. Leer es una práctica antigua discreta nunca del todo terminada. En ese ejercicio que se repite el sujeto aprende a quedarse con la complejidad a desconfiar de las respuestas que llegan demasiado rápido a tener una relación más honesta con eso que, aunque el término sea impreciso seguimos llamando condición humana.

REFERENCIAS

- Arfuch, L. (2008). *El espacio teórico de la narrativa: Un desafío ético y político. Utopía y Praxis Latinoamericana*, 13(42), 131-140.
- Aristóteles. (2026). *Arte poética; Arte retórica*. Editorial Porrúa.
- Blanchot, M. (1992). *El espacio literario*. Paidós.
- Bloom, H. (2000). *Cómo leer y por qué*. Anagrama.
- Bloom, H. (2005). *¿Dónde se encuentra la sabiduría?* (M. Cohen, Trad.). Taurus.
- Booth, W. C. (1988). *La retórica de la ficción*. Fondo de Cultura Económica.
- Borges, J. L. (2001). *Otras inquisiciones*. Alianza.
- Borges, J. L. (2023). *Siete noches*. Lumen.
- Calvino, I. (1993). *Por qué leer los clásicos*. Tusquets.
- Candido, A. (1995). *Literatura y sociedad: Estudios de teoría e historia literaria*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Chartier, R. (1994). *El orden de los libros: Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Gedisa.
- Cicerón, M. T. (1997). *Pro Archia poeta*. UNAM.
- Compagnon, A. (2008). *El demonio de la teoría: Literatura y sentido común* (M. Arranz, Trad.). Acantilado.
- Culler, J. (2000). *Breve introducción a la teoría literaria*. Crítica.
- Dewey, J. (2008). *El arte como experiencia*. Paidós.
- Eagleton, T. (2013). *Una introducción a la teoría literaria*. Fondo de Cultura Económica.
- Eco, U. (1993). *Lector in fabula: La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Lumen.
- Felski, R. (2008). *Uses of literature*. Malden, MA: Blackwell Publishing.
- Gadamer, H.-G. (1998). *Verdad y método I*. Sígueme.
- Canclini, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos: Conflictos multiculturales de la globalización*. Grijalbo.
- Heras, L. (2023). Paradigma de la complejidad y estética de la recepción: Nuevas lecturas de lo real. *Espacio Abierto*, 32(4), 146–160. <https://doi.org/10.5281/zenodo.10107621>
- Humboldt, W. von. (2000). *Teoría de la formación del hombre*. Fondo de Cultura Económica.
- Ingarden, R. (1998). *La obra de arte literaria*. Taurus.
- Iser, W. (1987). *El acto de leer: Teoría del efecto estético*. Taurus.

- Jaeger, W. (2001). *Paideia: Los ideales de la cultura griega*. Fondo de Cultura Económica.
- Jauss, H. R. (1986). *Experiencia estética y hermenéutica literaria*. Taurus.
- Keen, S. (2006). *A theory of narrative empathy*. *Narrative*, 14(3), 207–236.
- Kidd, D. C., & Castano, E. (2013). Reading literary fiction improves theory of mind. *Science*, 342(6156), 377–380. <https://doi.org/10.1126/science.1239918>
- Landa, J. (2005). Ética de la lectura. *Acta Poética*, 26 (2), 13–32.
- Larrosa, J. (2003). *La experiencia de la lectura: Estudios sobre literatura y formación*. Fondo de Cultura Económica.
- Lledó, E. (1992). *El silencio de la escritura*. Centro de Estudios Constitucionales.
- Manguel, A. (1998). *Una historia de la lectura*. Alianza.
- Monsiváis, C. (2006). *Aires de familia: Cultura y sociedad en América Latina*. Anagrama.
- Nussbaum, M. C. (1997). *Justicia poética: La imaginación literaria y la vida pública*. Andrés Bello.
- Ordine, N. (2013). *La utilidad de lo inútil: Manifiesto*. Acantilado.
- Pennac, D. (1993). *Como una novela*. Anagrama.
- Petit, M. (2001). *Lecturas: Del espacio íntimo al espacio público*. Fondo de Cultura Económica.
- Piglia, R. (2005). *El último lector*. Anagrama.
- Platón. (1988a). *La República*. Gredos.
- Platón. (1988b). *Fedro*. En *Diálogos III: Fedón, Banquete, Fedro* (C. García Gual, M. Martínez Hernández & E. Lledó Íñigo, Trans.). Gredos.
- Rama, Á. (1984). *La ciudad letrada*. Ediciones del Norte.
- Reyes, A. (1997). *La experiencia literaria*. Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, P. (1995). *Tiempo y narración I: Configuración del tiempo en el relato histórico* (A. Neira, Trad.). Siglo XXI Editores.
- Ricoeur, P. (2002). *Del texto a la acción: Ensayos de hermenéutica II* (P. Corona, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, P. (2004). *Tiempo y narración I: Configuración del tiempo en el relato histórico* (A. Neira, Trad.). Siglo XXI Editores.
- Ricoeur, P. (2006). *Sí mismo como otro*. Siglo XXI Editores.

- Sarlo, B. (1994). *Escenas de la vida posmoderna: Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Ariel.
- Steiner, G. (2003). *Lenguaje y silencio: Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*. Gedisa.
- Todorov, T. (2007). *La literatura en peligro*. Galaxia Gutenberg.
- Valera-Villegas, G. (2009). *Yo, otro y el texto. Una fenomenología de la lectura. Utopía y Praxis Latinoamericana*, 14(47), 57–74.
- Quezada, J. de J., & Gómez, R. (2024). ¿Es posible fomentar el desarrollo humano a través de la literatura? En V. C. Macías Espinosa (Coord.), *Educación, literacidades y tecnologías emergentes en el desarrollo humano* (pp. xx–xx). Editora Nómada.
<https://doi.org/10.47377/9786078820269>
- Zaid, G. (2004). *Los demasiados libros*. Anagrama.
- Zambrano, M. (1989). *Claros del bosque*. Seix Barral.